

Parque Natural Saja – Besaya (Cantabria)



El bosque atlántico en estado puro

Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.

Tanto el Saja como el Besaya pueden presumir de tener una buena cuna. La tierra que ve nacer a estos dos ríos es una de las reservas naturales más grandes y mejor conservadas de toda Cantabria. Un hermoso pedazo de la vertiente norte de la cordillera Cantábrica que el progreso ha respetado, donde los hayedos y robledales se conservan extensos y llenos de salud y muchas de las tradiciones del pasado lo son también del presente.

Texto y fotos: Roberto Anguita

En el Parque Natural Saja – Besaya la primavera ya es un hecho oficial y como cada año por estas fechas, se pasan por alto momentáneamente el código de la circulación y el poder del motor de explosión. Ambos quedan en nada mientras los vaqueros de Cabuérniga trasladan sus rebaños a los ricos pastos veraniegos de

los altos del puerto de Palombera. La ganadería extensiva ha sido y es el uso más racional que se le podía dar a estos montes y la base que ha mantenido la economía de sus habitantes. Una actividad ligada tradicionalmente a las reses de la raza tudanca: unas vacas recias, de tonos grisáceos y grandes cornamentas cuyo sabor, tanto en el

plato como en la cultura montañesa, bien merece la ocupación de una carretera tan poco transitada como la que une Cabezón de la Sal y Reinosa atravesando el corazón del parque, por unos días propiedad de las vacas. Es momento de trashumancia, pero también de que la revirada calzada nos muestre su mejor cara; de que las cunetas muestren lo frondosos que pueden llegar a ser estos jardines cuando nadie los cuida y el buen provecho que de ellos sacan musgos, helechos, prímulas, aguileñas, campánulas y orquídeas. También es tiempo de que las hayas vistan la frondosidad de sus ramas con un follaje recién estrenado y formen los túneles bajo los que todo se torna verdoso y no se ve otra cosa que no sea el propio bosque. Esas mismas hojas recién nacidas que ven ahora subir a las tudancas serán las que, con el ciclo clorofílico terminado y la nieve amenazando con volver a cubrir los pastos, contemplan el regreso de las vacas al fondo de los valles. La estampa resulta hoy tan anacrónica que aparece como noticia destacada en los diarios regionales, recordándonos que el ganado no siempre viajó en camiones ni comió entre rejas, y que este trasiego fue cosa común en Cantabria antes de que buena parte de su riqueza forestal se deshiciera en la flota de buques construidos en los grandes astilleros de la ría del Asón y de Guarnizo, o ardiera para fundir los metales de las armas manufacturadas en las Reales Fábricas de Liérganes y la Cabada. Corrían los siglos XVII y XVIII, las comunicaciones eran malas y el terreno abrupto. Todo indica que fueron estas las principales razones que permitieron que los bosques de Saja- Besaya se distinguieran de los de otras comarcas cantabras por sus dimensiones y su buen estado de salud. Es posible que no se haya reparado en ello, pero a los indudables valores naturales de estos bosques que hoy conocemos, habría que añadirle el plus sentimental de ser un hermoso recuerdo de los extraordinarios bosques que caracterizaron Cantabria en otros tiempos.

Aguas que buscan un mar cercano

No es casualidad que al parque se le bautizara con el nombre de sus dos cursos de agua principales. De hecho son sus cabeceras y cursos altos que-

nes dictan qué parte de la vertiente norte de la cordillera Cantábrica se encuentra amparada bajo la figura de Parque Natural. En total son 24.500 hectáreas las protegidas. Como toda regla ésta tiene también su excepción y no deja de resultar llamativo que las laderas del Ropero que sirven de cuna al Besaya, se encuentren fuera de los límites del parque. En cualquier caso, basta con prestarle un poco de atención a nuestros sentidos para saber quién manda aquí. Estamos en el reino de la humedad y esto se pone de manifiesto por todas las vías posibles: desde el permanente olor a musgo y madera en putrefacción o el tacto siempre húmedo de la vegetación, las escasas áreas de tierra desnuda o las piedras; a la propia contemplación de los cursos de agua o la audición del estruendo que ésta organiza al precipitarse en busca del cercano mar Cantábrico. Aquí lo de el agua más que un discurrir parece una estampida y otra de las pista que lo corroboran es el caótico nacimiento del Saja, un río al que no se le puede atribuir un origen, sino varios repartidos por sus dos cabeceras. Dos cuencas bien diferenciadas geográficamente que se encargan de recoger todo el agua posible y canalizarla hacia el cauce principal. Uno de estos nacideros lo forman las escorrentías que fluyen por las laderas del Cordel, que se van agrupando en los puertos

La mayor fuente de atracción hacia Saja-Besaya le viene dada por ser una de las mayores conjunciones de masas boscosas continuas de toda la cordillera Cantábrica

Puerto de Palombera.





La sombra de las hayas es tan densa y su hojarasca tan espesa, que son pocas las especies vegetales capaces de prosperar bajo su manto.

Penetrar en cualquiera de los bosques de Saja-Besaya durante la primavera equivale a sumirse en una algarabía sonora a la que es imposible sustraerse

de Sejos y forman el arroyo del Diablo. Un cauce que termina de definirse al ser conducido por el canal del Infierno. Al tiempo, la sierra de Bárcena Mayor también hace las veces de embudo y maneja lo que comienzan siendo los arroyos Lodar y Queriendo, agrupados poco después en uno solo para entregar su resultado al ramillete de aguas que finaliza con la unidad del río. A simple vista el organigrama estaría resuelto, sin embargo kilómetros más abajo salta la sorpresa y todo el caudal que discurría secretamente bajo el subsuelo, decide hacer causa común y unirse al Saja en un lugar conocido como la Fuentona de Ruento. Una surgencia aparecida de la piedra, en la que las voraces truchas parecen estar a sus anchas en unas aguas tan puras como caprichosas. Históricamente las aguas de la Fuentona han dado de beber al valle de Cabuérniga, pero a veces dejan de manar sin que medie sequía ni nadie sea capaz de dar una razón a sus parones repentinos.

Bosques extensos y bien conservados

Pese a su vital importancia, poca cosa serían estos ríos y arroyos sin la frondosa compañía de la que gozan. Tal vez la mayor fuente de atracción hacia Saja –Besaya le venga dada por ser una de las mayores conjunciones de masas boscosas continuas de toda la cordillera Cantábrica. Un mosaico de espacios forestales de carácter atlántico, formados por bosques de distintas composiciones que varían en función de la altura. Comenzamos a vislumbrarlos desde lo más profundo de los valles, allí donde han sufrido un mayor grado de humanización, pero donde todavía los espléndidos robledales y los prados de siega son capaces de convivir. El robledal es la formación arbórea más representativa de las zonas de costa y media montaña en Cantabria, pero también la que más ha menguado como consecuencia de las transformaciones humanas. Aun así, en Saja – Besaya, todavía podemos encontrar más de 6.000 hectáreas de este tipo de bosque.

De las tres especies de roble que aquí se dan, la más abundante es el roble común, *Quercus robur*, pero el parque también cuenta con buenas formaciones de rebollo, *Quercus pyrenaica*, y albar, *Quercus petraea*. Este tipo de bosques se caracteriza por la diversidad de su cortejo de árboles y arbustos asociados: castaños, fresnos, arces, tilos, avellanos, manzanos y perales silvestres, cornejos, madre selvas y un variado y floral sustrato herbáceo con lechetreznas que amplían la paleta de verdes, delicadas aguileñas o ricas fresas silvestres, que acompañan a los robles y hacen del paseo por estos bosques una experiencia grata y variada.

A medida que aumenta la altitud se refuerza también el dominio del haya, *Fagus sylvatica*, que se va apoderando del bosque hasta predominar de manera casi absoluta. Este árbol aparece entre los 700 y los 1.500 metros de altura y, en la zona media de esta franja, todo parece dispuesto para favorecer su hegemonía. La acción de las nieblas que cubren estos valles casi a diario, proporciona la humedad que tanto gusta a estos árboles, pero sin provocar los encharcamientos que tan nocivos les resultan. En caso de lluvias copiosas, las empinadas laderas drenan eficazmente el exceso de agua. Además de encontrar el ambiente idóneo, el haya dispone también de sus propias armas para hacerse valer. Su sombra es tan densa y su hojarasca tan espesa, que son muy pocas las especies vegetales capaces de prosperar bajo su manto. Por eso la diversidad arbórea queda ceñida a las zonas en las que la luz es capaz de filtrarse: linderos de caminos, zonas de encharcamiento o claros en el bosque. De todos modos, aunque el hayedo no sea un bosque muy diverso sí que cuenta con especies florales de gran interés y vistosidad tales como el diente de perro, *Eritronium dens-canis*, la aleluya, *Oxalis acetosella*, la anémona, *Anemone nemorosa* o varias especies de orquídeas capaces de subsistir bajo estas condiciones. Por otra parte, muchas de las 3.500 hectáreas de estos hayedos, están consideradas como los bosques mejor conservados de todo el parque.

Todo reinado llega a su fin y en el caso del hayedo, el declive comienza a partir de los 1.300 metros, cuando las

condiciones climatológicas se endurecen y las hayas se ven obligadas a compartir espacio con abedules y acebos. A esta altura, los últimos juegan un papel fundamental, ya que constituyen la única fuente de refugio y alimento invernal para muchas especies animales. En los días en que el bosque se desnuda, los acebos mantienen su providencial carga de hojas y frutos. Además, las acebedas más altas resultan también las más interesantes del parque, no tanto por el porte de sus pies ni por la espesura de estos bosquetes, sino por su curiosa adaptación a las exigentes condiciones de esta franja altitudinal. La acción de los fuertes vientos, el peso de la nieve y el constante ramoneo, tanto del ganado doméstico como de los numerosos ciervos, ha modelado estos árboles con una serie de formas dignas del más iluminado de los jardineros.

Pese a su dureza, llega un momento en que ni los abedules ni los acebos son capaces de resistir los embates del clima. Es aquí donde vuelven a notarse las modificaciones introducidas por el ser humano. Tal vez de una manera menos evidente que en las zonas más bajas, pero no por ello menos importante. Lo que debería ser una espesa extensión de brezos y piornos, ha sido sustituido por la landa atlántica. Este es un ecosistema de mayor riqueza que los prados de siega del fondo de los va-

Habitantes destacados

Uno de los habitantes más destacados de estos valles es el lobo. Perseguido implacablemente, este gran carnívoro desapareció del parque en 1970, pero la menor presión actual ha propiciado que su figura vuelva a ser vista actualmente, especialmente en la franja en la que el bosque comienza a dejar de serlo. Ocultarse en la espesura y salir a comer a las praderías es una artimaña seguida por los numerosos venados que aquí viven. Por eso estos son los lugares donde se dejan ver con mayor facilidad. Los puertos de Sejos y los alrededores del mirador de la Cardosa, poco antes del puerto de Palombera, son lugares tradicionales para escuchar la berrea al comienzo del otoño.

La Aleluya, *Oxalis acetosella*, es capaz de subsistir en los hayedos.



Primula.



Son las cabeceras y cursos altos de los ríos Saja y Besaya quienes dictan qué parte de la vertiente norte de la cordillera Cantábrica se encuentra amparada bajo la figura de Parque Natural

les, pero que se mantiene artificialmente a fuerza de eliminar periódicamente el matorral con el fin de obtener un mayor espacio para los pastos.

Una fauna que se oye más que se ve

Penetrar en cualquiera de los bosques de Saja – Besaya durante la primavera equivale a sumirse en una algarabía sonora a la que es imposible sustraerse. Los cantos de pinzones,

carboneros, herrerillos, camachuelos o jilgueros, se mezclan con el tamborileo de algún pájaro carpintero o la ruidosa carrera entre la hojarasca protagonizada por corzos, jabalís o ciervos al emprender la huida. Sin embargo, esta cantidad y variedad de sonidos no siempre se traduce en una cómoda observación de la fauna. La frondosidad de este medio impide a menudo localizar a las numerosas especies que se dejan oír desde la espe-


Basta con prestar un poco de atención a los sentidos para saber que quien manda en el parque es el agua.





Valle del Saja desde el puerto de Palombera.

sura y las más de las veces tendremos que conformarnos con saber que están allí. En cualquier caso, la biodiversidad de este espacio natural si que se corresponde con el elevado número de ambientes que acoge. En estos bosques, la fauna mantiene un carácter estacional que viene determinado por la irregular disponibilidad de alimento en las distintas épocas del año. Afrontar el invierno en un bosque desnudo es una prueba difícil que la fauna afronta de distintas maneras. Algunas especies prefieren abandonarlo durante el invierno y regresar cuando el clima suaviza sus condiciones. Este es el caso de la becada, un ave que regresa en bandos primaverales y se camufla de tal manera en la hojarasca que es casi imposible de localizar, o de algunas rapaces como el milano negro o el águila culebrera que también regresan a estos bosques con el calor. Aquellos que carecen de alas lo tienen más difícil

a la hora de emigrar y han de superar la prueba por otros medios bien distintos: mientras los lirones grises y caretos, o las ardillas optan por aletargarse y esperar tiempos de mayor abundancia, otros roedores más previsores se abastecen del acopio de alimento que realizaron al final del estío. El zorro, el tejón, la garduña o el gato montés, basan su estrategia en una dieta generalista que les permite sobrellevar el invierno; algunas aves optan por ocupar y defender territorios lo suficientemente grandes como para encontrar en ellos todo lo que necesitan. Esta es una doctrina muy seguida por los pícidos (pájaros carpinteros), unas aves eminentemente forestales de cuya familia se pueden encontrar seis especies en el parque: torcecuellos, pico menor, pico mediano, pico picapinos, pito negro y pito real, lo que denota el buen estado de estos bosques. 

Las Turberas

Destacables resultan también en el Parque Natural Saja-Besaya las turberas. Un ecosistema que por su escasez y por el alto valor de sus especies vegetales asociadas, constituye un tesoro natural a conservar. En el interior del Parque podemos encontrar varias de ellas, pero siempre de pequeñas dimensiones. En esencia, las turberas son unos lugares en los que la acumulación de agua y la extrema acidez del suelo establecen unas reglas del juego que sólo son capaces de cumplir determinadas especies vegetales muy especializadas y por tanto muy escasas. Las más habituales son determinadas especies de musgos, pero también podemos encontrar algunas plantas carnívoras como las droseras, que han conseguido adaptarse a la extrema pobreza del suelo valiéndose de los nutrientes de los insectos que capturan.